



EN TORNO A LA FERRERIA DE AÑARBE DE RENTERIA

Por Luis-Pedro Peña Santiago

No hace todavía muchos años que las piedras de la antigua ferrería de Añarbe de Rentería se han visto cubiertas por las aguas del pantano del mismo nombre. Primero, las aguas llegaron hasta los cantos rodados de las orillas del primitivo lecho del río. Treparde entre las oscuras piedras, cubrieron el primitivo canal que llevaba parte del caudal del regato hasta la ferrería. Más tarde, cegaron la quejumbrosa represa. Luego, ya de forma irresistible, anegaron los recintos de mampostería de cerrados sillares, e invadieron ventanas, puertas, y pasadizos, de lo que fuera famosa ferrería de Añarbe.

Y junto a la ferrería, en silencio, y en pie, se desmoronó el caserío Añarbe blanco de cal y ruinoso de abandono. Supongo que lo que pudiera quedar en la ermita de San Miguel de Añarbe (levantada en las proximidades de la ferrería y del caserío) también lo cubriría el pantano. Este templo de San Miguel lo citaba ya Gorosabel como existente en 1862, y es tradición que una Santa María Magdalena que se venera en Rentería procede de esa ermita de Añarbe. Si fuera así, sería el único testimonio que se haya salvado de aquél retirado paraje, además de las piedras de un horno.

Todos los paisajes que se pierden tienen, en alguna medida, una carga de sentimiento. En este caso de Añarbe también sucedía así, y en cuestión de horas, un buen día, se perdió todo un pequeño mundo particularmente familiar para muchas gentes de Rentería. Oyarzun, Goizueta, Pasajes, Alza, Hernani y San Sebastián, además de Arano. Junto con ello, el collado de Malbazar dejó escapar su valor estratégico, y lo mismo sucedió con los grandes bosques a través de los que nos dirigíamos a Arano, Goizueta y Arranbide. Eran horas solitarias de caminar sin más compañía que el viento bajo un sol apagado de invierno ¡Demasiadas cosas!

Era natural que la presa se hiciera. Hacía falta con urgencia. Bajo su línea de agua, día a día, según iba subiendo el nivel del pantano, se fue escondiendo un trozo de Rentería; de su historia, de su pasado, de la lucha por la vida, y por su progreso. De su venir desde muy lejos hasta aquí, hasta nuestros días. Yo no soy nacido en Rentería, pero fui entonces hasta aquél lugar perdido para despedirme de sus viejas piedras. Y pisé la hojarasca, y vi correr el agua por su lecho gris verdoso gastado de milenios. Cuando reemprendimos el camino hacia Mal-

bazar no volví la cabeza para mirar atrás; quería llevar conmigo aquél paraje tal y como lo recordaba unido a mi infancia.

Lope de Isasti, en su «Compendio Historial de Guipúzcoa» (escrito en 1625), al hablar de las ferrerías de Guipúzcoa, cita en Rentería la de Renteriola y la de AIÑARBE. El «Diccionario Histórico Geográfico» (escrito en 1802), al referirse también a Rentería, se concreta también a dos ferrerías. Y Larramendi, en su «Corografía de Guipúzcoa» (escrita en 1754), hace igualmente un canto a las ferrerías de la cuenca del Urumea. Como ellos, tantos y tantos historiadores más. No olvidemos las palabras del viajero Juan Alvarez de Colmenar sobre las ferrerías del País Vasco (viaje de Alvarez de Colmenar, año 1715): «... en todo ese país —Euskal Herría— no se ven más que forjas y molinos donde se prepara el hierro, lo que ha hecho decir que es la fábrica de Vulcano...».

Goñi Galarraga, en su monografía sobre Rentería, al hablar de las ferrerías escribe: «... ya para el año 1592 funcionaba la ferrería de Añarbe, ferrería que Gamón, dos siglos más tarde, no duda en calificarla como la me-

jor de Guipúzcoa». Y continúa el autor con estas palabras: «... todavía el año 1845 se elaboraban en ella tres mil quintales de hierro en barras y tochos, de los cuales dos mil quinientos eran elaborados en cuadradillo, pletina, y cortadillo. La producción anual importaba doscientos cincuenta mil reales vellón, y la fuerza motriz era de noventa caballos. La fábrica desapareció con la aparición de los altos hornos».

De aquellas décadas de fama, de producción, poca cosa llegó hasta nosotros. Unos muros altos. Unas puertas comidas por la hiedra. Unos arcos sepultados en el fango, y los restos de un horno. Luego, unos montones de escoria. Cerca de esos montones, sobre un pequeño altozano, los restos del caserío Añarbe.

Cuando las aguas cubrieron la vieja fábrica en una tarde de lluvia, el río, que bajaba crecido, parecía repetir, en su choque con las piedras, las palabras de los ferrones de «La leyenda de Jaun de Alzate», de Pío Baroja: «¡Dale, Machín! ¡Resuene de día y de noche nuestra canción del martillo: tin-tán, tin-tán! ¡Dale, Machín!... ».

